

He dirigido muchas veces mis pasos hacia un barrio del Sur. Guardo también la memoria de una de sus calles y a ella voy a referirme: calle breve en el tiempo o en su apariencia, en cuyo recorrido, los pasos de un solo transeúnte constituyen el comportamiento de todos los demás. Espectros de muertos antiguos y de aparecidos (de muertos, aparecidos o fantasmas) la pueblan, se entrecruzan de noche en sus aceras, me rozan torpemente cuando ando por ella, se topan conmigo y, por transparencia, me sobrepasan; se nutren aún de mis desmemorias; recorren, corteses, mis olvidos, murmuran entre ellos palabras que yo he pronunciado alguna vez, funden sus gestos con mis gestos; se vuelven mis gestos, son, al fin, mis gestos; gesticulan con ellos y me son visibles porque formo parte del juego en que se mueven. Y cuando me detengo a observarlos —si me detengo— advierto cómo, dando la espalda al tiempo y a nivel del espacio, aguzan finamente sus perfiles y en sordina abandonan uno a uno esa atmósfera irreal, dejando de pronto la calle expedita y como inexistente. Y toda esta fantasmagoría me conturba como me conturbó una vez —recuerdo— la belleza de una estatua en el museo de Nápoles. Y todo esto me confunde, y nadie, ni siquiera tú, única salida al infinito a quien yo aguardaba, viene, en la circunstancia, a mi auxilio. No quiero decir por ello que esa calle fije para mí una neta actitud, mas sí que por órbita de armonía, por gravedad de simpatía, constituye un triste encantamiento, un resumen de vida entreabierto a la vida. El ayer y el hoy, en acto conciliados, afirman, sin reposo, en ella, su existir trascendente —fantasma, ensueño o éxtasis— que luego se exterioriza y desvanece, caducamente. Los silencios de ese barrio siempre me conduelen. La vida secreta —comprendes— va allí al encuentro de una u otra manera de vida, ya vivida, y un resplandor angélico, deslizándose subrepticamente por espectrales paredones y fachadas leprosas tantas veces lavadas por la lluvia, les comunica color de distancia y de eternidad. Por lo demás, la sombra andrajosa que allí se arrastra, sólo bate de un ala. Entretanto, en los frágiles lindes de mi soñarrera, distraído quizá, incógnito cotidiano quizá, he vuelto a recorrer ese barrio, después de larga ausencia (sé que habré de recorrerlo con frecuencia), me detuve un rato en la plaza en cuyo laberíntico perímetro sufrí mis primeras nostalgias de pampa; y bien, de cada bocacalle —quiero aquí decirlo— temí verte venir atropelladamente hacia mí, tropezar contigo, ¡Oh recuerdo!, ¡Oh silencio sucesivos! ¡Oh muertes del recuerdo y del silencio! Todo era allí distinto para mis ojos nuevos. Los edificios habían cambiado de fachada; sus colores ya no eran los de antes; los edificios habían crecido con los hombres, crecido o caducado con ellos; los hombres, no los reconocía ya, y la casa donde otrora yo había vivido, estaba allí sin embargo. Estaba allí, frente a mí, en su noche cósmica proyectada, como un vientre materno, como la primera forma. Las cosas y las cosas nos viven; las casas y las cosas se recuerdan —no lo olvides—. Y esta casa, donde otrora yo había vivido, estaba allí, de pie, en su propio lugar, como una fijación de dicha para mi íntimo estremecimiento, aguardándome, aguardándonos todavía. Yo la observaba largamente, detenidamente, con una mirada que —como lo supondrás— ya no era la mía. Y ella me miraba quietamente, fijamente, desde el fondo de mi propia mirada. Mas sólo era entonces una forma vacía, una imagen, un símbolo. Nadie más que el silencio la habitaba. Y la penumbra. La penumbra y el silencio, nada más; como si te dijera: el principio y el fin. Si entonces se me hubiese ocurrido golpear a su puerta ¿quién crees que habría descendido por su escalera para abrirme, sino yo mismo?...



ANDANZAS POR UNA CALLE CON ESPECTROS

LYSANDRO Z. D. GALTIER